
Introducción

Los contextos de cambio, como el de la alternancia política, generan incertidumbre en las sociedades pero también expectativas en los diferentes actores políticos. Quizá los más esperanzados sean aquéllos que de alguna manera han contribuido al cambio y permanecen en espera de resultados. En el caso mexicano, la alternancia no siempre se ha traducido en la apertura de oportunidades políticas favorables a la interacción de actores como los movimientos sociales, las organizaciones civiles, los partidos políticos y los gobiernos locales. Lo anterior a pesar de que entre ellos destaquen algunos que históricamente han luchado por impulsar muchos de estos cambios. Todo ello ha dificultado la articulación de acciones, experiencias y saberes que permitan concretar proyectos democratizadores y promoverlos a través de los nuevos gobiernos.

Sin embargo, algunos de estos actores han capitalizado experiencias anteriores y comienzan a expresarlas en nuevas prácticas. Con sus acciones han comenzado a apropiarse del espacio público, haciendo más visible el despliegue de sus acciones. Naturalmente, no todos han reaccionado de igual manera. Los hay pesimistas que, al ver defraudados sus deseos, han preferido replegarse a sus espacios tradicionales de lucha; los escépticos, que arriesgan pero no demasiado; y los optimistas, que prefieren aprovechar los espacios de apertura para impulsar iniciativas que, hace no mucho tiempo, se antojaban utópicas y que en los nuevos contextos se tornan plausibles.

Con todo, la apertura de espacios que permitan llevar a buen término estas iniciativas no siempre ha sido cuestión de voluntad política. Las contradicciones entre el poder federal y los poderes locales suelen ser restrictivas para la actuación de los nuevos gobiernos locales. En este sentido, una reflexión acerca de los límites institucionales y aquellos propios de la cultura política de los diferentes actores resulta pertinente en el actual contexto de cambio.

El presente número de la revista *Estudios Jaliscienses* recupera algunas de las múltiples experiencias que se han venido produciendo en este sentido. Los trabajos hablan de un cambio en las prácticas políticas de los actores. Se trata de procesos históricos de larga duración, cuya expresión en la actual coyuntura no puede comprenderse sin esta perspectiva temporal de la dinámica de las instituciones y de los

protagonistas. De alguna manera, los análisis de los autores ponen en evidencia que estas innovaciones se enfrentan a la permanencia de algunos rasgos político-culturales. En fin, de cierta forma, los artículos llaman la atención sobre algunos aspectos de *jure* y de *facto* de los procesos políticos, que plantean retos para la consolidación de la democracia.

El análisis que Jaime Preciado y Jorge Hernández nos presentan sobre la Conferencia Nacional de Gobernadores, CONAGO, señala la importancia de esta iniciativa para darle un nuevo contenido al federalismo mexicano. La nueva cara del federalismo se caracterizaría por las relaciones más equilibradas entre los gobiernos de los estados y el gobierno federal.

Los trabajos de Anna Pi, Isabel Blanco y Laura Loeza, tratan de un actor que durante varias décadas ha apostado por la democratización del régimen, pero sin tener mucha presencia pública. Se trata de las que anteriormente se denominaban organizaciones no gubernamentales, ONG, y que actualmente, en su búsqueda de una nueva identidad, adoptan diferentes denominaciones. El artículo de Anna Pi recoge testimonios literarios de lo poco que se conoce de este tipo de actores; situación que, como se muestra en los otros dos artículos citados, se explica por la escasa presencia pública que han tenido a pesar de tratarse de actores de viejo cuño. Es cierto que en la década de los sesenta y setenta la poca publicidad de sus actividades se explicaba por la intolerancia del régimen a la expresión de la disidencia, pero esto fue cambiando en las décadas posteriores.

A pesar de ello, los testimonios recopilados en el trabajo de Isabel Blanco demuestran la resistencia de algunos dirigentes de estas organizaciones para reconocer y aprovechar los espacios abiertos en el contexto de la alternancia. En la misma línea, el artículo de Laura Loeza se centra en dos experiencias exitosas que condensan el aprendizaje adquirido por los dirigentes de las organizaciones civiles.

Por su parte, el trabajo de Miriam Cárdenas es un ejemplo de que algunos procesos de cambio en las prácticas de los actores que los llevan a asumirse como ciudadanos son discretos, pero no por ser menos evidentes son menos importantes. La veta de investigación que ella explora promete resultados en más de un campo de reflexión de las ciencias sociales.

Estamos conscientes de que existen muchos más actores que han protagonizado la apertura política a lo largo de las últimas décadas. En este sentido, esperamos que los análisis que aquí se presentan, contribuyan a una reflexión más profunda del fenómeno.

Laura Loeza Reyes